

In Unum

“Padre, que sean uno... para que el mundo crea”

Publicación mensual del

“INSTITUTO SECULAR ORIONINO” DICIEMBRE 2011

Don Orione y María

Si se mira el complejo de nuestras inclinaciones morales, me parece que tenemos necesidad de tres virtudes: humildad, pureza y caridad.

A los desenfrenos del orgullo, el freno de la humildad; a los del sensualismo, el freno de la pureza; al egoísmo, el impulso de la caridad. Estas virtudes son tan humanas, tan sociales, que la sociedad se apoya en gran parte, sobre lo que todavía hay de ellas.

Pero el ideal de la virtud sin fundamentaciones, nos deja fríos. Necesitamos ejemplos, modelos. María, no sólo es el dulce nombre que hace vibrar las cuerdas escondidas del corazón, porque es la Madre de Dios y nuestra, sino que inunda nuestro espíritu con una emoción suavísima, porque Ella nos ofrece el modelo insuperable de la virtud.

Descubrimos en María el hermoso ideal de la humildad, de la pureza y de la caridad, en aquellos hechos que el Evangelio nos ha transmitido, con tanta sabiduría.

En María está el perfecto ideal de la humildad. Elevada a una dignidad que ninguna soberbia hubiera podido soportar, María no pierde el concepto de su humildad. Por sobre todas las mujeres, entre las cuales es bendita, delante de Gabriel que se inclina reverente, no olvida el concepto de sí misma frente a Dios y se llamará la esclava, la sierva del Señor.

Y cuando las palabras de Isabel le harán sentir su gran dignidad de Madre de Dios, no tendrá una sensación de complacencia, sino que agradecerá a Dios y su pensamiento se elevará para bendecirlo a Él solo: “Mi alma glorifica al Señor”. ¡Magnificat! Cántico sublime en que se siente todo el perfume de su pura modestia, por lo que Dante dirá de Ella: “Humilde y elevada más que ninguna otra criatura”.

(...) La sociedad tiene extrema necesidad de gente honesta. Pero ¿quién nos dará las hermosas generaciones de hombres castos? ¡María, hermanos, María! Esta virtud la aprendemos de María.

Dejen que la juventud, en el alba rosada y floreciente de la vida, mire a Virgen celestial y de esta dulce visión saque la fuerza que le servirá de escudo de pureza. Entonces la juventud podrá repetir con Godofredo Bouillon: “Mi brazo es fuerte porque mi corazón es puro”. Y la Patria, nuestra amada Patria, tendrá un porvenir siempre más cristiano, más grande y glorioso. El más puro siente más la belleza, el perfume virginal de María, que pasó como un ángel sobre el barro.

El corazón de María no se cerró a la bondad, a los afectos altos y gentiles. En su corazón ardió la llama de la caridad, de un amor puro, santo, universal. Dio su amor a Dios, a aquel Dios que es caridad y ante el cual palidecen todos los otros amores, como cuando al aparecer el sol, palidecen todas las otras estrellas.

(Sacado del libro “Un camino con Don Orione”, ‘La escuela de María abierta a todas las generaciones’)



Carta 14 de la Responsable general

Roma, 25 de Noviembre de 2011.-

Queridas hermanas, ya es casi un mes que nuestra hermana Cettina nos dejó para siempre, y volvió a la casa del Padre Celestial que, tanto amó y adoró en la vida terrena. Los sentimientos inmediatos de dolor que tuvimos ante la “separación” de hoy, con la ayuda de la oración, encuentran fuerzas para poder “vivirla” con auténtica fe de la que extraemos el verdadero significado.

Con San Agustín podemos repetir las mismas palabras que pronunció delante de su madre muerta: “Señor, no te pregunto por qué te la llevaste, te doy gracias porque me la diste”.

Siempre vigilante por este paso, estoy convencida que ya goza del Señor y puede contemplarlo “cara a cara”. Ahora, desde allá, no sólo podrá mirarnos con gozo, sino podrá continuar a ser luz que nos guía en el camino que aún debemos recorrer.

Queridas, constato siempre que el tiempo transcurre velozmente, de hecho, ya el próximo domingo, la liturgia nos introduce en el tiempo del Adviento: tiempo en que la Iglesia nos recuerda el valor

revolucionario de la presencia de Dios en la historia de la humanidad; por lo tanto, tiempo precioso para todos los fieles cristianos.

Durante las cuatro semanas nos prepararemos, con tanto gozo, para recibir al Niño Jesús en nuestro corazón; la espera será cultivada del “silencio”: silencio de nuestros miles pensamientos y preocupaciones, silencio de nuestras tantas ocupaciones cotidianas, muchas veces poco urgentes; sólo con un poco de silencio podremos, también nosotros, como María Santísima, aprovechar y custodiar celosamente aquello que el Señor querrá comunicarnos para hacernos, siempre más, hijas dignas de Su Amor.

El tiempo que nos lleva hacia la Navidad es vivido por todos con mucho gozo: también con corridas hacia los regalos para amigos y familiares; todos adornamos la casa como es tradición; preparamos un pequeño pesebre y tantas otras manifestaciones que expresan la fiesta.

Nosotras, queridas hermanas, preocupémonos, primeramente, de vivir el gozo interior, para luego manifestarlo, con los “los medios del mundo” a cuantos nos están cerca.

Reflexionemos juntas: es gozo el “anuncio del ángel a María” (Lc. 1, 28); es un gran gozo “el anuncio a los pastores” (Lc. 2,10); es un grandísimo gozo “cuando los magos vieron la estrella” (Mt. 2,10). Jesús trae gozo porque el amor es gozo. El Amor de Jesús nos hace HERMANOS, nos une: aquí está el verdadero GOZO.

Queridas, este es momento favorable para releer con mayor compromiso el artículo 37 de la Regla de Vida que dice: (...) “para ser, ante todo, un signo de la presencia del Señor, de quien son discípulas y cuya característica es el amor recíproco” (Jn.13, 35).

En la “comunidad fraterna” se realiza el gozo de vivir en Jesús, con Jesús y por Jesús. Comprometámonos a manifestar, con gozo, este esplendor cristiano a nuestras hermanas, estemos lejos de caer en la indiferencia que no nos ayuda a progresar en nuestro camino de consagradas, sino a conducirnos hacia cerramientos y tristezas interiores privándonos de la libertad de los hijos de Dios.

Don Orione nos diría: “siempre humildes, siempre sinceros, siempre abiertos uno al otro, siempre alegres en el espíritu, de corazón y serenos de ánimo y rostro, jadelante en el Señor!, en perfecta alegría, alabando y sirviendo a Dios”.

Amor, libertad, fraternidad, gozo: meditemos y recemos. La Virgen, Madre de Jesús y Madre nuestra, guíe nuestros corazones hacia un Amor Fraternal siempre más grande, igual al corazón del Niño Jesús. Augurios.

Las abrazo con tanto afecto fraterno, Anna Rita.



Reflexión de nuestra Responsable Raquel

Para poder continuar reflexionando sobre lo que vimos en el retiro, contemplaremos la vida de María y S. José, dos personajes muy importantes del Adviento. María, la mujer que oyó, meditó y vivió la Palabra. Ella, que logró realmente ser pobre del Señor pudo percibir la manifestación y la presencia salvadora de Dios en su vida.

El Evangelio nos presenta a María, la Madre de Jesús, como una mujer dichosa por haber creído, por haber descubierto a Dios y por haberse sabido fiar de Él. María escucha la Palabra y por esa razón fue dichosa. Tuvo estrecho contacto con su Hijo en el hogar de Nazaret, en donde Cristo vivía, oyó atónita el mensaje del Ángel el día de la Anunciación y escuchó la profecía que Simeón le hacía. Pero en la aceptación de la Palabra y en su proceso de fe, María también siguió el caminar corriente de todos los creyentes. Como no comprendía el sentido y la proyección de lo que escuchaba como manifestación del querer y de los planes de Dios, la Virgen meditaba y reflexionaba, guardaba en su corazón el mensaje de Dios.

Y la grandeza de la Madre de la Iglesia consistió en vivir el contenido de esa manifestación de Dios, vivencia que no le fue fácil, sobre todo cuando veía la marginación que se hacía de su Hijo. Frente a la nueva manifestación de Jesucristo como Salvador, que sacramentalmente celebramos en este Adviento, la Iglesia nos propone el modelo bíblico de María para que nosotros también asumamos este ejemplo de docilidad que, en el itinerario de fe, la Virgen no estuvo exenta de dudas e incertidumbres, pero que supo apoyarse en la bondad infinita de Dios que nos ama y que por ese amor, nos salva su Hijo.

SAN JOSÉ: No son muchos los datos que los Evangelios nos entregan de la vida y misión de S. José. Pero afirman categóricamente que era un hombre justo (Mt.1, 19) y descubrimos esa justicia en las actitudes que tomó frente a la difícil manifestación de los planes divinos. El calificativo bíblico de justo solemos entenderlo ordinariamente con relación a una buena conducta moral. En el caso de S. José su justicia radica más bien en su conformidad a la voluntad y el querer de Dios. Como María y como tantos otros fieles del Antiguo Testamento, José es el pobre del Señor, el hombre capaz de despojarse de sí mismo y de la lógica de

sus criterios y planes para asumir en obediencia total la voluntad y los caminos de Dios. Por difícil que éstos resulten.

Es el hombre de la fe y de la obediencia incondicional que aun con dificultades en la comprensión y en la ejecución de lo manifestado por Dios, se le mantiene fiel. Es el hombre justo que entró en diálogo existencial y siente y experimenta la cercanía de Dios.

Con esta breve reflexión quiero desearles a todos un muy buen Adviento y una feliz Navidad.



Jesús viene en cada Navidad

Me dijeron que vuelves a nacer en cada Navidad. Mira que eres insistente. Hace más de dos mil años que viniste y los hombres te estaquearon en una cruz, y todavía se te ocurre insistir. ¿No te das cuenta que todos los días nosotros, los hombres, te volvemos a crucificar? ¿Acaso no fuiste tú el dijiste: “*lo que hagan a uno de estos pobres, a mí me lo hacen*”? ¿No ves, entonces, lo que te estamos haciendo?

Cada vez que un empresario explota a un obrero; cada vez que un dirigente gremial vende o traiciona a sus compañeros; cada vez que un profesional lucra con la desgracia de otro ser; cuando un comerciante roba, cuando un empleado desprecia a su hermano obrero, cuando un obrero no rinde como debe en su trabajo; o busca encumbrarse a cualquier precio, y no se siente responsable de la liberación de todo los hombres.

Cada vez que se mata impunemente a personas de nuestros pueblos originarios (u otros) para apoderarse de la tierra; cada vez que el rico se vuelve insaciable y quiere ser más rico a costa de sus hermanos, los pobres; cada vez que permitimos que entre basura en nuestras casa por medio de la televisión que hipnotiza a chicos y grandes; cuando se tergiversa la verdad o se la saca de contexto; cuando no denunciarnos la injusticia, ni luchamos contra el atraso, la explotación y lo que impide el progreso de los pueblos. Todo esto y muchísimo más, ¿acaso no es también contra ti?

Señor, ¿cuántos seres humanos tienen que morir para que se entienda de una vez que la tierra la creaste para todos y no sólo para los que tienen el poder y la fuerza? Esto, ¿no es también matarte? Creo que sí, porque como dijo tu discípulo Juan: “quien odia, mata”. Y nosotros no sólo odiamos, también matamos. Estamos matando tus ideas, tus enseñanzas... Haciendo esto, ¿no te estamos matando a ti?

¡Y tú quieres venir de nuevo! Por algo debe ser: es posible que con tu gesto testarudo de volver a nacer en cada Navidad estás pretendiendo decirnos algo como esto:

“Que la revolución que todos declaramos empieza, antes que nada, en el corazón de cada uno. Que no se trata solamente de cambiar la estructura, sino de cambiar el egoísmo por el AMOR. Que tenemos que dejar de ser lobos rapaces para volver a ser hermanos.

“Que nos pongamos a trabajar seriamente por la conversión individual que nos llevará, inevitablemente, a un cambio social que dé a todos la posibilidad de conseguir el pan, la cultura, la libertad, la dignidad.

Señor, con tu vuelta a nacer nos recuerdas que nos dejaste un mensaje que se llama Evangelio y nos enseña que hay una sola manera de amar a Dios y es: amando al hombre. Por eso te pido, Jesús, vuelve a nacer en cada Navidad, vuelve a nacer en cada casa, en cada barrio, en cada ciudad, en cada país; vuelve a nacer en el mundo entero, para ver si lo puedes humanizar con tu presencia. Pero, por sobre todo, mi Señor, nace en mi corazón y nace en el corazón de cada ser humano.



El Adviento de María

La Madre de Jesús y nuestra, ¿cómo habrá vivido la “espera”, el tiempo entre la anunciación y el nacimiento? San Lucas nos dice que partió “sin demoras” para visitar a su prima Isabel. Y cuando ésta la elogió, Ella sólo alabó a Dios con su Magnificat, ese hermoso himno tan lleno de esperanza. Es por eso que deducimos que vivió su “adviento” estando al servicio de quien la necesitaba y con la esperanza puesta en la fuerza del “brazo del Señor” (Lc. 1. 51).

María fue la mujer de la interioridad. Los evangelistas han querido hacer resaltar esa vida interior explícitamente, en otras se deja entrever claramente. María no pretende entender a Dios. Los hechos la dejan admirada y sorprendida: es mucho lo que han dicho los pastores que han ido a adorar al Niño. Pero “María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón” (Lc. 2, 19). Tampoco comprendió aquella respuesta-pregunta de Jesús cuando lo encontró en el templo, pero también entonces, “conservaba estas cosas en su corazón” (Lc. 3, 51).

Podemos ver su honda vida interior en la respuesta tan espontánea al ángel que le anuncia que será madre del Mesías: “hágase en mí según lo que has dicho”. Y esto, teniendo en cuenta que, el insólito saludo del ángel la ha turbado (Lc. 1, 29) y ha quedado desconcertada. Esta abierta entrega al Señor no se improvisa. En esas circunstancias las palabras dicen lo que ya se está viviendo.

Y porque su vida interior es muy profunda, María no vive encerrada en ella misma. Tiene abiertos los ojos de su alma para ver lo que la rodea. Por eso va “sin demora” a prestar ayuda a Isabel. Algunos años después, en la boda de Caná, Ella es la única que se da cuenta que en la fiesta comienza a faltar el vino (Jn. 2, 4). Esto ocurre porque sus ojos no sólo veían su entorno, lo miraban.

En su “adviento”, María, también estaría observando lo poco que quedaba del pueblo elegido por Yahvé. ¿Dónde había quedado el pueblo que había soñado conducir el destino del mundo entero? Muchos se harían preguntas al respecto. Pocos, tal vez, los que se atrevían a mirar de frente la realidad y decirse la verdad: eran un pueblo pobre que vivía en el dolor. Y María también vivía la pobreza, o tal vez la miseria, de gran parte de ese pueblo. Ella, hija de ese pueblo, tuvo que sufrir en carne propia el despotismo de la autoridad colonizadora. Embarazada casi de nueve meses tiene que viajar tres días para cumplir con un caprichoso edicto imperial. Nos dice el Evangelio que por orden del emperador romano, Augusto, que mandó hacer un censo: “todos iban (debían ir) a inscribirse a su ciudad de origen. José... salió de Nazaret... y se dirigió a Belén... con María, su esposa, que estaba embarazada”. Y allí “dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el albergue” (Lc. 2, 1-7). Eran pobres del pueblo. No había sitio para ellos.



María sabe que su suerte no es mejor ni peor que la de sus semejantes: “un pueblo fatigado y abatido como ovejas que no tiene pastor” (Mt. 9, 36). Mira a ese pueblo y lo ve humillado, hambriento, víctima de los poderosos. María siente y vive esa realidad desoladora y descorazonante.

En esa mirada llena de sombras, María se nos muestra una vez más como la mujer que espera en el Señor. Ante realidad tan sombría no tiene otros motivos para esperar. Fue por eso que su oración se hizo un himno de esperanza ante esa vida tan chata y miserable. Es tal su confianza, que para Ella, que ve la miseria y el dolor, la obra del Dios que libera y salva ya ha comenzado. María canta por lo que ha hecho en Ella el Señor, agradece porque “ya está viendo” lo que Dios hace en su pueblo: “Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. Derribió a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y dispersó a los ricos con las manos vacías” (Lc. 1, 51-53).

María, en lo más elevado de su cántico-oración al Poderoso, se siente transportada por lo que Dios ha hecho en Ella y en su pueblo: “Socorrió a Israel, su servidor, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y su descendencia para siempre” (Lc. 1, 54-55).

La auténtica esperanza evangélica siempre es esperanza para mí y los demás: “espero en Dios para nosotros”, para el mundo.

La visión del mundo actual no es animadora bajo muchos aspectos. No lo fue tampoco para María. Y María tuvo esperanza, creyó en la acción salvadora de Dios en el mundo entenebrecido de su tiempo. Por eso, nos enseña a ser realistas y, al mismo tiempo, esperanzados ante nuestro destino y el del mundo.

Nos unimos a María, y con Ella a nuestro pueblo tan sufriente hoy como ayer. No nos oprime un emperador déspota, pero sí un sistema capitalista más déspota aún. Vemos a nuestro alrededor el “salvase quien pueda”; el no respeto por la tierra ni por el hombre; el poderoso que aplasta al humilde y lo vuelve cada vez más pobre, mientras él se hace más rico. Pero si estamos unidos a María, confiamos con esperanza, igual que Ella, en la acción y en “la fuerza del brazo de Dios”.

En este Adviento y en cada momento difícil, ¿vivo con esperanza a pesar de todo lo negativo que me rodea? Por eso, mirando a los demás y al mundo con realismo y con fe, pido a María: “¡Madre, no permitas que nunca pierda la esperanza!”

¿Es bueno o malo?

Lo que me está pasando ¿es bueno o malo? Una historia china habla de un anciano labrador que tenía un viejo caballo para cultivar sus campos. Un día el caballo escapó a las montañas. Cuando los vecinos del anciano labrador se acercaban para condolerse con él, y lamentar su desgracia, el labrador les replicó: “¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe?”

Una semana después el caballo volvió de las montañas trayendo consigo una manada de caballos. Entonces los vecinos felicitaron al labrador por su buena suerte. Éste les respondió: “¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe?”

Cuando el hijo del labrador intentó domar uno de aquellos caballos salvajes, cayó y se rompió una pierna. Todo el mundo consideró esto como una desgracia. No así el labrador que se limitó a decir: “¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe?”

Una semana más tarde, el ejército entró en el poblado y fueron reclutados todos los jóvenes que se encontraban en buenas condiciones. Cuando vieron al hijo del labrador con la pierna rota lo dejaron tranquilo. ¿Había sido buena suerte? ¿Mala suerte? ¿Quién sabe?

¿Quién puede saber si cada cosa que me ocurre es buena o mala? Lo que a primera vista parece un contratiempo, puede ser un disfraz del bien; y lo que parece bueno, tal vez pueda resultar dañoso.

Cada acontecimiento trae consecuencias imprevisibles. Cada progreso soluciona problemas y genera otros nuevos. No es seguro que ganar un millón de pesos sea bueno. Parece casi necio afirmar esto, pero es así.

¿Dónde estará entonces el talismán que nos asegure enfrentar el futuro con garantías de éxito? ¿Qué nos permite saber si lo que nos ocurre es para nuestro bien o nuestro mal?

Ese es un de Dios que se llama SABIDURIA DE VIDA y que consiste en agradecerle a Él que todo lo que nos ocurre se puede convertir en un bien para aquellos que lo aman.

En esta fórmula mágica hay una buena parte de aceptación; de confianza en Dios, de optimismo y de paciencia. Los que van aprendiendo, comienzan a gozar con los misterios y sorpresas de la vida sin perder la paz interior, porque ésta no depende ya de los acontecimientos exteriores, sino que brota de una fuente interior inagotable.

Cuando nos ponemos en manos de Dios, nuestra visión de la vida se ilumina y nuestra confianza en Él se torna en equilibrio y seguridad.

¿Quién sabe si lo que me ocurrirá mañana o pasado será bueno? No importa mucho. Lo seguro es que para los que están en las manos de Dios, todo puede convertirse en bueno, y de todo se puede sacar provecho y enseñanza, incluso del pecado.

Noticias

Los días 26 al 28 de noviembre, asistimos al encuentro de la familia orionita, en Huerta Grande, Córdoba, con la presencia de aproximadamente 430 participantes, entre ellos religiosos, religiosas, seminaristas, etc. que acompañaron a sus distintas comunidades.

Bajo el lema “un solo corazón y una sola alma” desarrollaron el tema oradores de lujo: Monseñor ADOLFO URIONA, Padre GUSTAVO AIME y el Hermano JORGE SILANES, a la luz de La Palabra de Dios y las enseñanzas de Don Orión.



Después de cada iluminación se realizaron reuniones por áreas: de expresión corporal y juegos, plástica, musical, literaria, periodística en las que se expusieron distintas problemáticas, buscando soluciones y la manera de abordarlas, a través de lo vivencial, para que sea participativo y creativo, para todos.

El encuentro nos permitió conocernos, compartir y enriquecernos mutuamente con las vivencias y experiencias de los distintos grupos (parroquiales, asistenciales, administrativos, misioneros, educativos juveniles, etc.), dar gracias, meditar, escuchar la palabra y reafirmar una vez más nuestra pertenencia a una única familia carismática.

Para pensarlo

Intenciones del Papa para Diciembre

GENERAL: Para que todos los pueblos de la tierra crezcan en la concordia y la paz por medio del conocimiento y el respeto mutuo.

MISIONERA: Para que los niños y jóvenes sean mensajeros del Evangelio y para que su dignidad sea siempre respetada y preservada de toda violencia y explotación.

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA: Por las familias cristianas, para que con la gracia de Dios se mantengan unidas en el amor verdadero y lo transmitan a su alrededor.



¡Sonia, por favor!

El esposo pregunta a su esposa: –Querida, ¿vas a llorar cuando yo muera?
–Claro que sí –responde ella con seguridad.

–No te creo. ¿Lo dices en serio?

–¿Por qué lo pones en duda? Si tú dices siempre que lloro por cualquier estupidez.

<<<◇>>>

Decía Confucio: “El egoísta es uno que quiere ser el centro de la atención de tal manera que cuando participa de un funeral, le disgusta no estar en el lugar del muerto”.

<<<◇>>>

Decía uno que no sabía nada sobre la autocrítica: “Admitiría mis errores... si los tuviera”.

<<<◇>>>

“¡Oh Jesús bondadoso, Jesús amor! Nosotros te queremos amar y servir con gran caridad y santa alegría, jubilosos siempre por la feliz esperanza, amando y viviendo en humildad y pobreza, como tú, Jesús, nos enseñaste, con tu nacimiento, tu vida y tu muerte” (San Luis Orione).

 **Feliz Navidad**